

Cartas de amor y encargos de muerte en vida

La noche anterior don Álvaro Ruiz Arenas no había logrado conciliar el sueño por más de una hora. Desde antes de acostarse ya sabía que esa no sería una buena noche, muy temprano en la mañana los dolores lo habían obligado a tomar analgésicos que poco o nada disminuyeron su sufrimiento, ya en la noche la neuralgia lo había atormentado privándole del descanso necesario, se había acostado antes de las nueve de la noche luego de tomar medicamentos más fuertes y un agua de toronjil que su esposa Evelia le había preparado entre súplicas al todo poderoso para que aliviara el sufrimiento de su amado. Se mantuvo dando vueltas buscando mejor acomodo en la cama, escuchando cada quince minutos el repicar de las campanas del reloj de la torre de la iglesia, contando cada uno de sus golpes metálicos hasta que pasadas las tres de la mañana el dolor cedió un poco, el cansancio por fin lo doblegó y logró caer en un sueño profundo. Estaba soñando que era un niño y corría por el parque de Charalá tranquilamente, perseguía las palomas y estaba a punto de agarrar una de la cola con sus manos, cuando un intenso doblar de campanas captaba su atención y lo obligaba a voltear su vista hacia la torre de la iglesia. Al despertar prendió la lámpara y miró el reloj que tenía sobre su mesita de noche, observando que eran tan solo las cuatro de la mañana, había dormido menos de una hora y lo había despertado la música a alto volumen que sonaba en el chorote de la iglesia (así llamaba al altoparlante instalado en la parte alta del templo parroquial). Como si fuera poco con las canciones que sonaban destempladas, unos minutos después empezó a escuchar los estallidos de la pólvora que retumbaba como si la estuvieran detonando en el propio patio de su casa. Amanecía el viernes veinticuatro de mayo de 1996, se completaba el último día de la novena en honor a María Auxiliadora (la patrona del pueblo) y don Álvaro seguía sin entender por qué finalizando el siglo veinte, siendo Colombia un país laico, las costumbres religiosas del pueblo seguían estando por encima de su sagrado derecho al descanso.

Evelia tampoco había pasado una buena noche, aunque ningún dolor físico la atormentaba, sabía que su esposo estaba sufriendo y eso no le permitía descansar de forma placentera. En el altar había prometido acompañar a su esposo en las buenas y en las malas, esta había sido una mala noche y ella había estado ahí, dando apoyo moral a su amado. A las cinco de la mañana se puso en pie y descargó la olleta en el fogón para calentar el agua que daría origen al primer café del día. Cuando el agua hirvió puso una cucharada generosa de café por cada taza de agua, la casa se inundó del aroma intenso de los granos que la mona Orosco tostaba y molía para vender puerta a puerta desde hacía años. Sabía que su amado recibiría con agrado el aroma intenso de una taza de café caliente. Era muy temprano para iniciar la preparación del desayuno, así que primero compartiría la bebida en la cama con su esposo y luego sí retomaría su rutina culinaria.

- Mija, este café le quedó como siempre, muy rico.
- Debe ser porque se lo preparo con la misma dosis de cariño desde el primer día, o tal vez con más cariño cada día.
- En medio de la tragedia que ha significado esta enfermedad en mi vida, definitivamente el creador me bendijo con una mujer tan virtuosa como usted para que me acompañara en este arduo camino como esposa. No me alcanzará la vida para pagarle todo lo que ha estado dispuesta a hacer por mí.
- Usted siempre me mira con los ojos del amor, por eso es que minimiza mis defectos.

- Después del desayuno necesito que me ayude con algo. Vaya hasta el sanatorio (Así llaman en Contratación Santander al hospital San Juan Bosco) y le dice al compadre Raúl que por favor pase a visitarme, que quiero comentarle algo.
- ¿Hay algún problema?
- No, chocheras mías, es importante, pero no es nada grave. Déjeselo claro, no quiero que se preocupe sin necesidad.

El desvelo le había causado desgano y fue necesario de la insistencia de su esposa para que Álvaro consumiera el desayuno completo. Algunas veces se ponía muy terco, pero eso no era algo nuevo para Evelia que lo conocía muy bien y poseía la paciencia suficiente para convencerlo de cosas tan sencillas como desayunar con juicio a pesar de los dolores que la enfermedad podía prodigarle. Desde que Álvaro empezó a cortejarla, insistiendo, sin rendirse, haciendo gala de su terquedad, Evelia tuvo claro que su paciencia podía balancearse con la terquedad de Álvaro. Esa terquedad algo influyó en que poco a poco ella se fuera enamorando.

Al salir a la puerta de la casa doña Evelia decidió no bajar por la calle que pasa frente al que fuera el jardín colombo alemán y que con el paso del tiempo terminó convertido en el hogar del anciano, pues el empedrado estaba bastante deteriorado y por esta razón prefirió seguir derecho por la calle peatonal que conduce hasta la esquina de instrumentos públicos, el piso de esa calle es en cemento, menos atractivo que el empedrado, pero mucho más seguro para caminar. Aunque podía haber volteado por la esquina de la casa del profesor Luis Arenas y llegar directamente a la entrada de las oficinas del sanatorio San Juan Bosco, siguió caminando hasta la esquina de la oficina de registro de instrumentos públicos y bajó hasta la puerta de la casa cural; llevaba la intención de hablar con el párroco para pedirle el favor de intervenir en el tema del uso del altoparlante de la iglesia desde horas tan tempranas en la madrugada al igual que el constante estallido de pólvora, sabía que no era solo su esposo el que con frecuencia padecía de insomnio y fuertes dolores sino que muchos otros enfermos compartían la penuria con don Álvaro. Ingresó hasta la secretaría de la parroquia y ahí le informaron que el párroco se encontraba de viaje pero que en horas de la tarde llegaría para estar presto a participar en la peregrinación que se celebraría hasta el cerro de la virgen en honor a la patrona del pueblo María Auxiliadora desde las siete de la mañana del día siguiente y al que se esperaba la asistencia de miles de devotos católicos.

- Doña Evelia, si quiere déjele el mensaje y yo con todo el gusto se lo comunico al padre, estos días seguramente va a estar muy ocupado por las celebraciones de María Auxiliadora y no creo que sea fácil que disponga de tiempo libre para atender visitas. No es que no quiera atenderla, es que realmente le queda imposible hacerlo.
- Gracias, pero prefiero hablar el tema directamente con él.

Abandonó la casa cural convencida de que no volvería en busca del párroco, al fin de cuentas ya Álvaro había enviado infinidad de memorandos tanto a la parroquia como a la personería municipal y no habían surtido efecto, si no le prestaban atención a su esposo que algo de reconocimiento tenía en el pueblo, ¿qué importancia podían darle a su solicitud?, al fin y al cabo, ella no era más que la esposa de. De esta visita a la casa cural y de la conversación sostenida con la secretaria de la parroquia no le contaría a su esposo, sabía que además de terco era orgulloso, tenía razones para serlo.

Entró al sanatorio y caminó hasta la oficina del fondo en la que Raúl Carreño Jáimes trabajaba, el recorrido no fue tan rápido pues prácticamente de cada oficina la saludaban y debía detenerse a devolver el saludo. La mayoría de los empleados del sanatorio eran especialmente amables con ella, eso le agradaba y esperaba no cambiara nunca.

- Compadre muy buenos días, ¿me puede permitir unos minutos para hablar en privado?
- Claro que sí comadre, ¿qué la trae por estos lares?, cuénteme.
- Su compadre Álvaro necesita que vaya a visitarlo, si la visita puede hacerse hoy sería ideal. Me pidió que le indicara que son chocheras de él, que no hay por qué preocuparse.
- Claro que sí comadre, dígame que, en la tarde cuando salga del trabajo paso a visitarlo.
- Gracias compadre al parecer no es nada grave, pero sí importante. Por favor saludeme a la comadre Mariela.
- Claro que sí comadre, le daré su saludo.

Durante el almuerzo José Raúl Carreño Jáimes le dio a su esposa el saludo de doña Evelia y le comentó que luego de salir del trabajo pasaría a visitar a Álvaro, el padrino de su hijo mayor, pues había solicitado su presencia, pero que esperaba no tardarse mucho para poder llegar a tiempo y así poder cenar juntos, ese día habían programado comer mazamorra de guarapo, un plato que tanto a los esposos como a su hijo menor les gustaba sobre manera y terminaba alentando las tertulias familiares que tradicionalmente se daban a la hora de tomar los alimentos. Mariela le confirmó que no servirían la mazamorra hasta que él no llegara de cumplir su compromiso. Podía estar tranquilo, nadie se sentaría a la mesa antes que él llegara a casa. La receta de la mazamorra de guarapo Mariela la había aprendido desde muy niña en el restaurante de su abuela Rosa Vera. Parte del secreto estaba en que se preparara con un guarapo que estuviera fuerte pero con buen contenido de dulce, el guarapo preferido por Mariela para su preparación era el que vendía doña Eva, la esposa de don Ruperto Burgos, así que la señora de Carreño le pidió a su hijo Wilson Raul que fuera hasta donde la señora Eva, llevara la jarra verde en forma de piña y comprara guarapo suficiente para llenarla, que especificara que era para preparar mazamorra, así sabrían qué tipo de guarapo debían entregarle.

Durante toda la tarde Raúl estuvo pensando en qué era eso que sin ser grave resultaba tan importante como para que doña Evelia hubiera tenido que ir hasta el sanatorio personalmente a darle el mensaje de su esposo, estuvo tentado a llamar telefónicamente para hablar con Álvaro y salir de la duda, pero prefirió seguir las instrucciones y esperar a la visita para salir de sus dudas. De no ser por la bien sabida costumbre de don Álvaro de cerrar la puerta de su casa, desconectar la línea telefónica y no atender ningún tipo de visita desde las doce del mediodía hasta terminada la hora de la siesta, Raúl habría acudido al llamado inmediatamente después de terminar el trabajo en su oficina en la mañana de camino a casa antes de llegar a compartir el almuerzo con su familia, pero tenía muy claro el dicho de don Álvaro: "Mi mamá ya murió, me quedan mis hermanos y si alguno fallece, que me avisen después de la siesta". Los viernes la jornada laboral en el sanatorio de Contratación terminaba un poco antes, a las cuatro de la tarde, dándole pronto inicio al descanso del fin de semana. Tan pronto el reloj de su escritorio marcó la hora indicada, Raúl se puso en pie, le indicó a su secretaria que la jornada laboral de la semana había concluido; a modo de broma promulgó que el trabajo nunca se acaba, pero la vida sí; cerró la puerta de su oficina y emprendió el camino hacia la cita con eso importante pero no urgente que lo mantenía en ascuas desde que recibió el mensaje de voz de doña Evelia.

En la puerta de la casa lo recibió su comadre Evelia, quien le indicó que pasara a la sala y esperara un momento ya que su esposo estaba recostado en la habitación. Aunque Raúl le indicó que si prefería podía pasar más tarde cuando él hubiera terminado su descanso, ella le advirtió que tenía instrucciones explícitas de llamarlo tan pronto su compadre llegara a cumplir la cita programada. La sala de recibo se mantenía ordenada como siempre, con una mesa de centro en la que reposaban revistas pasadas de época y con un radio de tubos que hizo que Raúl recordara el que su papá Pedro tuviera por años oculto en la casa y que le servía para disfrutar del privilegio que le daba escuchar diariamente las noticias nacionales, esas que al pueblo llegaban impresas en el periódico solo una vez por semana y que únicamente era adquirido por las entidades públicas y familias más prestantes del que por esos días era el Lazareto de Contratación, lugar destinado a recluir enfermos de lepra provenientes de diferentes latitudes del país.

- Compadre muy buenas tardes, disculparé usted hacerlo esperar, pero es que anoche una neuralgia me impidió consumir el sueño y hoy, si bien el dolor ha desaparecido, el cansancio me ha mantenido buena parte del día en la cama. Esta enfermedad no da tregua, usted bien lo sabe.
- Lo sé. Cuénteme compadre, ¿para qué soy bueno?

Doña Evelia ingresó a la sala con una bandeja de madera en la que llevaba una copa con vino dulce, un pocillo con agua aromática y dos platos pequeños con galletas tipo colaciones de las que se acostumbra a compartir en épocas decembrinas pero que en su casa solían mantener durante todo el año para ofrecerle a las visitas. Luego de dejar la bandeja sobre la mesa de centro, se retiró de la sala dejando nuevamente solos a los dos hombres para que hablaran tranquilamente. Aunque ella seguía sin saber qué era lo que su esposo tenía que conversar con José Raúl, no quería importunarlos durante la visita; sabía que seguramente en la noche, antes de acostarse a descansar, Álvaro le contaría los detalles del encuentro.

- Compadre, el vino es para usted, a mí hoy me toca solo con aguas mientras me recupero. Volviendo al asunto por el que solicité su presencia, primero que todo quiero agradecerle por atender mi llamado con prontitud, eso acaba de convencerme que es usted la persona idónea para ayudarme en la situación que procedo a comentarle. Yo no decidí mi llegada a este mundo y mucho menos la cruz que debería cargar durante el trasegar de mi existencia, así que considero legítimo mi deseo de establecer cómo debe ser mi funeral el día que el creador decida llamarme a su presencia. Es mi voluntad que usted se encargue de hacer cumplir mis designios, no quiero que Evelia en un momento de dolor tenga cargas adicionales. Las instrucciones son sencillas y no requieren ningún esfuerzo particular más allá de hacer valer mis deseos. Primero que todo, por ningún motivo mi velación se debe extender por más de veinticuatro horas, tiempo dado para que mis hermanos puedan llegar al pueblo en caso de encontrarse en otra localidad. Como segunda medida no deseo ningún tipo de ceremonia religiosa en templo alguno, la velación se hará en mi casa con las oraciones que mis allegados quieran ofrecerme y finalmente, antes de iniciar la marcha fúnebre, que frente a mi casa los hermanos Quiroga interpreten dos canciones a saber: si pasas por San Gil y mi bella Contratación. Por el pago de los músicos no debe preocuparse, yo dejaré eso saldado. Después de eso pueden disponer de mis restos en la tumba que ya se encuentra pagada a perpetuidad para mis servicios. Como ve compadre, el tema es sencillo y espero que usted no tenga ningún tipo de objeción al respecto.

- Compadre, nunca hubiera podido imaginar que fuera este el motivo de su llamado, pensé que tal vez requería que le ayudara con algún tipo de diligencia en el sanatorio o algo por el estilo, pero esto me toma completamente por sorpresa. No está teniendo en cuenta usted que desconocemos la fecha en que nuestra historia se dará por terminada y puedo ser yo el primero en partir, eso es algo que solo Dios sabe cómo y cuándo ocurrirá. No está en nuestras manos.
- ¡Raúl por favor!, usted no tiene ni cincuenta años, yo le llevo una buena cantidad de años por delante, casi treinta; míreme, me estoy quedando ciego y sordo también, he perdido la cuenta de la cantidad de pastillas que debo tomar a diario, si no fuera por Evelia no tendría control de mis medicamentos, seamos prácticos, realistas; reconozcamos que el camino que me queda por recorrer es evidentemente más corto que el suyo. No me salga con excusas compadre.
- ¿Por qué encargarme a mí algo tan privado?
- Es sencillo, en este lugar de destierro en el que nos vimos obligados a vivir, construí una gran amistad con sus padres, Pedro y Nohemí, compartimos dichas y pesares, acompañamos a su mamá al igual que a su hermana y a usted en los duros momentos de la precipitada partida de su papá. Con el tiempo usted heredó la amistad que yo tenía con Pedro; Cuando Nohemí, vino a nuestra puerta con Mariela, su hermana Esther y usted para solicitarnos que fuéramos los padrinos de bautismo de su primer hijo, de Néstor Darío; aunque en un principio me negué argumentando que debían buscar padrinos más jóvenes, su mamá bien supo argumentarnos sus razones, fue imposible contradecirla y así usted y yo terminamos convirtiéndonos en compadres. Cuando usted me solicitó que recibiera cada domingo las visitas de su hijo menor que por esos días no tenía más de seis años, acepté esa responsabilidad de compartir con un niño sobre religión, política e historia, temas que habitualmente se tratan entre adultos; si no estoy mal Raulín ya debe tener sus dieciséis años pues está terminando su educación colegial y sigue visitándome para hablar de los mismos temas, creo que ya no le gusta que lo llame Raulín, lo noto en la cara que me hace cuando lo nombro; es normal, cosas de la adolescencia, pero le puede más la curiosidad que la molestia pues sigue viniendo a que conversemos sin que nadie le pida hacerlo. Compadre, ese es el resumen de la amistad entre nuestras familias. ¿Le parece poco compadre?, es la amistad la que me motiva a encomendarle esta responsabilidad, esa amistad que existe entre nuestras familias desde antes de que usted naciera y que se ha mantenido firme sin intereses diferentes a los que una amistad sincera reclama.
- Entiendo compadre, me honra ser portador de este compromiso que en caso de ser necesario cumpliré al pie de la letra. Le doy mi palabra, mi palabra de gallero que vale más que cualquier mina de oro.

El vino, el agua aromática y las galletas se consumieron en el encuentro, los interlocutores hablaron de diversos temas por casi dos horas sin parar. Cuando agotaron los temas locales que pasaron por los acontecimientos del sanatorio San Juan Bosco y luego se detuvieron en los resultados que hasta la fecha mostraba la administración municipal que ya llevaba más de un año a la cabeza del actual alcalde. Luego pasaron a temas de política nacional y finalmente acontecimientos mundiales, de ese mundo que al parecer de ambos cada día estaba más patas arriba. Hubieran podido seguir tertuliano por horas, pero Raúl tenía muy claro que la mazamorra no se serviría en su mesa hasta que el llegara y no quería que Mariela y Wilson Raul esperaran de más.

Al salir de la casa de don Álvaro, Raúl inició su recorrido con paso presuroso hacia su casa pues caía sobre Contrata en ese momento una llovizna que amenazaba con convertirse en aguacero y ese día no había sacado paraguas pues el día había estado bastante despejado. En el camino meditaba que este era el segundo amigo que le hacía una petición referente al momento de su muerte, un par de años atrás Luis Erasmo Torrado le había hecho una petición que él se había comprometido a cumplir. Prefería no ser portador de este tipo de responsabilidades, pero había dado su palabra y la palabra de gallero se cumplía sin importar las circunstancias, no hacía falta documentos ni firmas de por medio. Detuvo su recorrido en la casa de don Jesús Ariza y le compró una libra de cuajada por si su esposa Mariela había olvidado comprarla para ponérsela como aderezo a la mazamorra de guarapo caliente al momento de servirla. La cuajada estaba fresca y de acuerdo a lo que le comentó Chucho (así llamaban a Jesús Ariza), era el último pedazo de cuajada que le quedaba para vender, pues aunque había traído de su finca en la vereda Hoya Grande casi el doble del producto que habitualmente preparaba para vender, había mucha gente de visita en el pueblo para asistir al otro día a la peregrinación en el cerro de María auxiliadora y eso se había reflejado en que la cuajada se vendiera en mayor cantidad y mucho más rápido que de costumbre; la peregrinación no debería ser una vez al año sino al menos una vez por mes, así la economía del pueblo se vería beneficiada. Si el siguiente lunes hubiese sido festivo al igual que el lunes anterior, seguramente muchos más feligreses habrían podido viajar hasta el pueblo para participar del evento religioso, pero no obstante las calles llenas de transeúntes evidenciaban que al día siguiente el camino al cerro estaría lleno de peregrinantes, locales y foráneos que ascenderían por el bello camino empedrado para agradecer milagros o dejar peticiones a los pies de la patrona. Contra todo pronóstico la lluvia cesó dando paso a un atardecer diáfano que permitió ver una bella luna menguante. No pronunciaría esa noche Raúl la frase que acostumbraba a decir en la mesa del comedor durante la cena los días que llovía sin parar y las nubes se apoderaban del firmamento sin permitir que el astro rey se dejara ver ni un minuto en la villa apacible: “ojalá esta noche salga el sol”.

En la familia Carreño Velasco las cosas importantes se trataban a la hora de las comidas, esa noche mientras daban buen servicio de la mazamorra caliente acompañada con plátano maduro asado, Raúl les contó a su esposa y a su hijo Wilson Raul los detalles de la conversación que había mantenido con el autor de la croniquilla de Contratación. Aprovechó para explicarle un poco a su hijo el valor de las verdaderas amistades y la importancia de saber diferenciar entre amistad y compinchería. Por esos días el hijo menor de Raúl y Mariela tenía su mente ocupada en temas menos profundos, de esos que parecen fundamentales cuando se goza de la vitalidad que brinda la juventud de los dieciséis años y que con el paso del tiempo van perdiendo importancia; pero la solemnidad con que su padre le habló del tema hizo que la conversación quedara grabada en su mente y lo obligara a reflexionar al respecto muchas veces en su vida futura, cuando el vino y los funerales se encargaron de marcar las diferencias.

Aunque por años se había escuchado que la humanidad no llegaría más allá del segundo milenio de la era cristiana, el año dos mil fue recibido en Contrata de la misma forma que se reciben los años nuevos desde hace décadas, en medio de sus ferias y fiestas que iniciaron el jueves treinta de diciembre de 1999 y se extendieron hasta el domingo dos de enero del nuevo milenio. Algunos jóvenes a los que cuatro días de baile, alcohol y descontrol no lograba doblegarlos, al igual que algunos mayores que se negaban a reconocer el paso de los años, insistían en no dejar morir el espíritu festivo y mantenían fiestas en cantinas y esquinas de la calle central del pueblo. Habían pasado unos diez minutos del cuatro de enero del año 2000 cuando Wilson Raul que se encontraba

tomando vino de mandarina del que se había cosechado para mayo de 1996 y hoy disfrutaba con algunos amigos mientras escuchaban música a bajo volumen en el comedor de su casa, vio que su papá salía de la habitación vestido como si fuera para la oficina a trabajar y con una cara de solemnidad que inquietó a su hijo.

- ¿Qué pasó papá?
- Tengo que ir a cumplir un compromiso, acaba de fallecer Luis Torrado.
- ¿Y cómo se enteró?, el teléfono no ha timbrado.
- El compadre Orlando tocó la ventana de la habitación y me avisó hace unos minutos.

La mayoría de las calles contrateñas se encontraban vacías esa noche, pero en la avenida central cerca a la estación de policía se escuchaba música y voces que evidenciaban que para algunos la fiesta seguía. José Raúl Evitó pasar por la avenida central, así que caminó hasta la esquina en la que por años Orlando Torrado vivió con su familia, volteó por la carrera sexta hasta llegar a la casa de la familia Durán y bajó; al pasar por el frente de la casa de Jorge Angarita Fernández no pudo contener un suspiro, allí funcionó por años la emisora Ondas Contrateñas, en la que Don Luis Torrado Rueda marcó una era gloriosa de la fiebre de Hertz cuando cada domingo transmitía su programa Meridiano Contrateño; por esos años al medio día la potente voz de don Luis se apoderaba de los radios existentes en las casas de la comarca. En ese programa dominical los contrateños pudieron escuchar por primera vez los textos que Álvaro Ruiz Arenas estaba escribiendo para lo que luego se convertiría en el libro más importante escrito hasta la fecha sobre el lazareto santandereano y que llevaría por título croniquilla de Contratación, la historia de un pueblo contada desde las vivencias de un enfermo de lepra. La plaza que un par de días atrás estaba llena de matachines y fiesteros insaciables ahora se encontraba vacía. Cuando el portero del hospital sanatorio san Juan Bosco vio llegar a José Raúl, le abrió la puerta sin hacerle ninguna pregunta, no hacía falta, luego de 33 años trabajando en el hospital, todos sabían que el hospital era el segundo hogar del señor Carreño; él caminó hasta la habitación en la que durante los últimos días había visitado a su amigo. En la habitación se encontraba el cuerpo inerte de don Luis sobre la cama y sus hijos Orlando y Jesús cada uno a un lado de su lecho, lo habían acompañado en su último suspiro. Cuando Orlando vio llegar a su compadre se preguntó quién le habría avisado que la historia de Luis Erasmo Torrado Rueda había puesto punto final y agradeció que al ingresar por la puerta lo hubiera hecho con una sonrisa en su rostro que llenó el ambiente de tranquilidad, lo inevitable había pasado y lo que quedaba era agradecer por lo compartido en vida. Entre los tres vistieron el cuerpo de Luis Torrado y lo dispusieron en el ataúd que le serviría en su última morada. Lo cargaron desde el hospital hasta la casa familiar en el barrio el árbol, ese recorrido que con guitarra en mano y tufo etílico muchas veces se hizo en ambiente festivo, ahora se hacía en un entorno fúnebre. Cuando pasaban por la plaza principal, la melodía de unos violines que sonaban cerca a la estación de policía se convirtió en la serenata de despedida que, sin estar planeada, don Luis recibía de quienes al igual que él lo había hecho años atrás, vivían y le daban vida a la fiesta. La casa de don Luis y doña Rosaura, su esposa; estuvo llena de músicos durante el velorio, se turnaron para tocar todo el tiempo y así despedir al patriarca Torrado entre tiples, guitarras y voces que se entonaban envueltas en aromas de café y aguardiente.

Luego de despedir a su amigo en la última morada, José Raúl pasó a visitar a su compadre Álvaro Ruiz. El tema no podía ser otro que el fallecimiento del amigo. Ambos habían compartido momentos importantes con quien hoy se despedía para quedar convertido en nada más que recuerdos.

- Raúl, ya le cumplió a Luis Torrado, ahora es solo cuestión de tiempo para que me cumpla a mí también.
- Compadre, si tengo que hacerlo lo haré, de eso puede usted estar seguro. Palabra de gallero.
- Sabe que de no haber sido por el programa radial de Torrado tal vez yo nunca me hubiera animado a publicar mi libro. A raíz de la lectura que Luis hacía de mis escritos en la emisora, el cura Cote vino a visitarme y me felicitó por los textos diciéndome que por qué no sacaba un libro con ellos, yo le dije que se escapaba de mis capacidades, que yo solo había tenido seis meses de escuela, no pretendía publicar libros, tan solo contar lo vivido en este templo del dolor. Me pidió que le prestara todo lo que tenía escrito, así lo hice. Unos meses después, Cote llegó con la primera edición de mi libro, lo había mandado imprimir en Bogotá; así vio la luz mi creación literaria. Se hizo realidad algo que ni siquiera había llegado a soñar.
- No conocía esa historia compadre. Tantas noches de tertulia y nunca habíamos tocado este tema.
- A su hijo Raulín sí estoy seguro de habérsela contado. Hace unos días estuvo por acá visitándonos, no pierde la costumbre, me contó que piensan sacar una revista con unos amigos. Es inquieto su heredero.

En la última visita que Wilson Raul le había hecho a don Álvaro, se había mostrado especialmente interesado en una historia que él le había contado cuando era un niño pero que ahora quería conocer con mayor detalle. El autor de la croniquilla no tuvo ningún problema en responder ante la curiosidad que acompañaba al joven. Así lo había hecho desde el primer día.

- ¿Qué es lo que quiere saber de mi historia de amor con Evelia?
- Todo lo que usted considere que puede contarme. Cada detalle que de acuerdo con su juicio crea que merece ser contado.

Don Álvaro le pidió a su esposa que trajera una copa de vino para el hijo de su compadre y que se sentara con ellos en la sala y le ayudara a recordar si algo importante se le olvidaba en su relato. Hacía años que había reemplazado por una copa de vino dulce las uvas y manzanas con que recibía al menor de los Carreño Velasco antes de que este cumpliera su mayoría de edad. Nunca más de una copa. La idea no era embriagarse, tan solo mojar la palabra y alentar el espíritu.

- Recordará usted que en los años del lazareto el matrimonio entre sanos y enfermos de lepra estaba prohibido. Una absoluta atrocidad, como tantas que se cometieron con nosotros, los enfermos de lepra, los desterrados.
- Por su puesto don Álvaro, eso lo aprendí muy niño, en mis visitas dominicales a su casa. ¿Recuerda usted la norma que lo prohibía?
- Claro, todo ese atropello inició con la ley 14 de 1907, dictada por la asamblea constitucional el 3 de mayo. Imagínese usted que al final de esa ley, en el artículo 23 estipulaban que el gobierno se comunicaría con la santa sede para que esta estableciera de ser posible las medidas pertinentes para evitar el matrimonio católico entre persona sana y persona enferma de lepra. Por esos días el gobierno colombiano y la iglesia católica eran un solo nudo; eso, por lo menos en el papel, cambió desde 1991 cuando la nueva constitución estableció que Colombia es un estado laico, imagino que eso lo tiene claro usted. Bueno, después la ley 20 de 1921 buscaba incluso separar por completo a hombres y mujeres en

los lazaretos, eso no fue viable, se opuso hasta el clero porque no solo iba en contra de derechos naturales sino hasta de acuerdos establecidos en el concordato. Note usted que permanentemente insistían en tratarnos como conejillos de indias. Nuestros derechos fueron violados sistemáticamente bajo la excusa de proteger a la población sana, a la que no padecía del mal de Lázaro.

- Y si por esos días estaba prohibido casarse, ¿cómo pudieron ustedes recibir la bendición que los convertía en esposos?
- Quiero ser muy sincero con usted en mi relato, sé que lo que le estoy contando hoy, un día terminará publicado y espero que sea fiel a lo sucedido. Esto no es un cuento, es una historia real y dolorosa para todos aquellos que tuvimos que vivirla. Como ya le he dicho en anteriores encuentros, yo llegué a Contratación con escasos 17 años, el 23 de julio de 1938, ese día quedé oficialmente inscrito en el sanatorio como enfermo de lepra, aunque la enfermedad la tenía desde hacía años, por eso mismo de niño no me aceptaban en las escuelas y solo pude asistir a clases durante seis meses, tres meses un año y tres meses al otro año; hasta la educación oficial me fue negada. Por esos días de mi llegada vivía mucha gente en el lazareto, en el casco urbano eran unas cuatro mil ochocientas personas y alrededor más de quince mil. Las calles parecían caminos de hormigas, llenos de gente. El lazareto era prácticamente auto sostenible en términos alimenticios, había gran cantidad de cultivos en el campo y se daba prácticamente de todo; contrario a lo que pasa hoy en día, que si la carretera se daña y no pueden traer cebolla de Boyacá pues nos toca tomarnos el caldo sin cebolla porque acá no la cultivan, la excusa es que el cultivo no se da, pero eso evidentemente no es cierto. Eso sí, no me canso de decirlo, cuando yo llegué Contratación era el templo del dolor, lo digo porque lo viví, lo padecí en carne propia. Los tratamientos empleados para curar el mal causado por el bacilo de Hansen no eran efectivos, seguían experimentando con nosotros, usándonos como ratas de laboratorio. Mejor dicho, el que llegaba acá lo hacía condenado a muerte, perdiendo sus derechos civiles, siendo víctima de un absoluto atropello, tratado como un criminal sin haber cometido ningún delito. Imagínese usted a esa edad y viviendo esa tragedia, yo la verdad no le encontraba sentido a la vida en esas condiciones, el suicidio no era una opción porque iba en contra de los mandatos divinos, eso me lo inculcaron desde niño mis padres, pero decidí entregarme al licor para de esa forma acortar mi expectativa de vida, ¿para qué extender una muerte en vida? Craso error, solo conseguí empeorar mi calidad de vida. El día que vi por primera vez a Evelia quedé absorto, ese día le encontré sentido a mi existencia; no exagero, su belleza elegancia y sencillez me cautivaron, así que me senté a escribirle una carta y me las ingenié para hacérsela llegar lo más pronto posible; en esas letras le declaré mi amor y le pedí que me hiciera saber si era correspondido, para tal efecto le indiqué que si ella sentía al igual que yo que la divina providencia nos había cruzado en el camino para construir una historia de amor, me lo hiciera saber adornando su peinado con una flor el siguiente domingo cuando asistiera a la misa mayor en el templo parroquial. Yo estaría atento a la señal y la respetaría cualquiera que fuera. El domingo llegué muy temprano al templo, me ubiqué en el último escaño de la nave principal para poder observar a todo aquel que entrara, estaba nervioso, me sudaban las manos y no podía dejar de mirar hacia la puerta principal. Evelia entró con uno de sus hermanos, ella cubría su cabeza con una mantilla como era la costumbre, al principio la desilusión de apoderó de mí, pero luego, al observar con más detenimiento, el alma me volvió al cuerpo. Bajo la mantilla pude identificar claramente un

pequeño botón de rosa, no era muy llamativo, pero ahí estaba, dando respuesta a mi interrogante, haciendo que mi corazón latiera fuerte y velozmente, recargado de esperanza. Nos cruzamos una mirada, ella me sonrió y yo hice lo propio. Eso fue todo por ese domingo, pero para qué más, mi interés era correspondido. Seguí escribiéndole cartas y así fuimos acordando encuentros furtivos y alimentando nuestro amor. Mi vida acababa de dar un giro definitivo, quería verme bien, me esmeraba por tener el mejor aspecto posible, disminuí considerablemente el consumo de alcohol, volví a vivir.

Mis propósitos poco a poco se fueron haciendo evidentes. Su familia no aprobaba nuestra relación y yo los entiendo perfectamente, mi fama de toma trago me precedía y ¿quién quiere emparentar con un borracho?, nadie en su sano juicio. Mis intenciones siempre fueron serias, así que le propuse a Evelia que nos casáramos a escondidas y ella aceptó, no me pidió tiempo para pensarlo, me dijo que sí sin reparos. Teníamos que mantener nuestra decisión en secreto, de lo contrario los planes podían venirse al piso, la ley prohibía el matrimonio entre sano y enfermo y ese era nuestro caso, yo víctima del mal de Lázaro y ella una mujer sana. Confiado en la amistad que sentía tener con el cura Bruno Orjuela, me acerqué a él para pedirle que, a escondidas, en la capilla de la casa cural nos leyera la epístola de San Pablo y así bendijera nuestra unión ante Dios para hacernos marido y mujer de acuerdo con el mandato divino, en mis planes no estaba convivir con una mujer sin que un sacerdote oficializara la unión. Nada resultó como yo lo esperaba, en un acto absolutamente contrario a la bondad cristiana el cura Orjuela corrió a contarle nuestros planes a la familia de quien hasta ese momento era mi prometida, yo a Orjuela lo consideraba mi amigo, le confiaba mis dichas y pesares, lo acontecido no podía tener un calificativo diferente al de traición infame. Obviamente los familiares de Evelia hicieron todo lo posible por alejarla de mi lado e impedir el matrimonio. Nuevamente nuestro contacto tuvo que limitarse a las cartas que de forma clandestina nos hacíamos llegar. Afortunadamente seguíamos teniendo quien nos sirviera de correo clandestino. Cuando el amor impera no hay barreras infranqueables.

Como evidencia material de lo sucedido, don Álvaro y doña Evelia estuvieron de acuerdo en mostrarle al joven interesado en su historia de amor las cartas que ella guardaba como un tesoro en una pequeña caja de cartón, algunas escritas a mano y otras en máquina mecanógrafa, estas últimas conservadas en mejor estado. Doña Evelia se retiró un par de minutos de la sala y regresó para entregar en las manos del joven lo que ella guardaba como solo se guarda aquello que fue importante el primer día y seguirá siendo importante hasta el último día de existencia. Por largo rato Wilson Raul estuvo leyendo las cartas que relataban lo vivido por esos días de amor prohibido entre estos dos seres que hoy abrían su corazón sin reserva para dejar al descubierto las pruebas de la lucha que significó conseguir la bendición sacerdotal para su unión, para su amor. Las cartas más legibles quedaron registradas en archivos fotográficos con el permiso de sus protagonistas. Una verdadera joya testimonial que impediría que el tiempo borrara lo sucedido durante esos años en los que hasta el amor fue prohibido en el lazareto de Contratación.

*Querida y recordada Evelita:
Febrero 28 de 1946*

Hoy sumido en la tristeza dedico estos minutos de gran soledad para escribirte; ayer te iba a mandar una carta con Benilda, pero a última hora no la llevaron a ella y por lo tanto no hubo con quién despacharla, ahí la incluyo para que veas que es verdad...

Me alegra de una manera sincera, que a estas horas la felicidad te sonría y que los vinos añejos del festín, te hagan olvidar las penas lacerantes que por mi culpa has padecido durante el lapso de nuestros amores..... Me alegra también que en medio de la algazara del Vals envuelto en instantes de verdadera euforia, hayan llegado a tus oídos desatentos al compás, la palabra frívola y apasionada de alguno de los circunstantes o convidados; esto me alegra porque, te habrán hecho olvidar y desechar de tu memoria, mis plañideras frases y mis palabras siempre repetidas a cada instante..... Es justo de que siempre no escuches las mismas bobadas de este amigo que te quiere tanto.....

Solo me hiere con aguda punta y en medio de mi alma atribulada, el pensamiento tétrico y cada vez más persistente de que se acerca cada vez más y más el aflictivo momento en que me dirás: Yo no te cumplo! Tus últimas cartas se parecen mucho a las de hace cinco meses; ellas fueron día a día siendo menos apasionadas, hasta que una de ellas me decía lacónicamente; he desistido en lo que nos prometimos! Recuerdas? Estaba yo enfermo cuando la recibí; nunca olvidaré este acontecimiento que no tenía por causa sino los consejos que te dieron y mi desgracia que no me hace digno de ti; luego a raíz de esto, loco y obstinado con mi vida, creí encontrar reposo en esas montañas tapizadas de belleza y de misterio..... Todo inútil, el destino y el engaño de mis compañeros de viaje, quisieron enfrentarme contigo..... Y fue de tus labios -frescos como las mañanas de tu mansión- donde se repitieron las frases antes enviadas por carta..... Acabemos!..... Mi vida la sentía hundida y mi corazón exánime. Te insistí en que reconsideraras tu resolución, y fue así como estamos hoy amándonos y pensando en un día más afortunado para coronar tanto sufrimiento..... Pero mi esperanza hoy vacila al ver sumarse al número de mis opositores más personas que te aconsejarán que me olvides; dime la verdad y verás que ya te lo han repetido mil veces..... Y pensar que somos impotentes para surgir victoriosos! Si Evelia fuera más resuelta y menos obediente, mi vida sería otra; no habría para qué pensar en el fracaso, y por lo tanto la vida mía sería en cambio de incertidumbre, seguridad y optimismo.....

Ahora vendrás y aquí hablaremos detenidamente; si tu no quieres pasar por sobre toda oposición y en la forma que se presenten las circunstancias, todo estará perdido para mí; pues yo sé de una manera indudable, que ellos a las buenas no ceden ni un ápice en nuestros ruegos. Esto sería fácil en resolverlo si tú adoptaras una conducta como la han adoptado otras que han querido bastante y a las cuales les prohibieron sus deseos.....

Me supongo que estará en la reunión de bodas, el señor Inspector, el fantasma de la ópera y demás. Un abrazo y muchos besitos de tu siempre amoroso amiguito.

Adiós mi amorcito querido.

Álvaro.

Al terminar de leer la carta Wilson tuvo que respirar hondo, nunca había tenido en sus manos una misiva de amor tan intensa, imaginaba el sufrimiento, la impotencia y el aislamiento que tuvieron que soportar estos dos seres evidentemente enamorados. Doña Evelia que había permanecido callada durante toda la reunión, carraspeó buscando que le prestaran atención, así lo logró.

- Esas cartas que tiene usted en sus manos tuvieron que mantenerse ocultas por mucho tiempo, las recibía a escondidas, las leía y las guardaba en secreto para que no fueran a caer en manos de quienes consideraban una locura el amor que yo sentía por Álvaro, porque

nunca existió duda de mis sentimientos hacia él. Si mi amor no hubiese sido fuerte y sincero seguramente me hubiera rendido ante tantas dificultades. Lo que Álvaro me proponía estaba por fuera de la ley en aquellos días, incluso él podía llegar a ser castigado con pérdida de la ración y hasta cárcel. Yo sufría solo de pensar que llegaran a encarcelarlo por culpa del amor que nos profesábamos y que queríamos compartir para siempre, pero cumpliendo con los mandamientos que la iglesia establecía. Yo era una jovencita bien educada, estaba enamorada, pero no quería hacer sufrir a mi familia, era una situación compleja. No sé si alcance a dimensionar el tamaño del problema al que me estaba enfrentando, era un absoluto tormento, cada carta se leía con lágrimas en los ojos y se respondía llorando aún más.

- Notará Raulín que definitivamente la vida puso en mi camino a la mejor esposa posible, virtuosa, con calidades humanas que tal vez yo ni siquiera merecía, la mujer que alivia mis penas y enjuga mis lágrimas, mis dolores resultan pocos al lado de su bondad y cariño. Pero bueno, todavía falta historia por contar. Lo cierto es que un domingo, en plena calle un tío de Evelia me desafió con revólver en mano, yo me le mandé -no podía quedar mal- y le dije que me matara, al fin y al cabo, mi vida no tenía sentido sin ella. A él lo tuvieron para controlarlo. Yo le dije a Evelia que si quería nos casábamos el martes y ella me dijo que sí. Estábamos muy enamorados.

Ya que con el cura Orjuela no había conseguido el favor de la bendición para nuestro amor, me decidí a hablar con el párroco Juan Soleri a ver si él se apiadaba de nuestra situación y ponía la piedad cristiana por encima de las leyes humanas. Soleri atendió mis súplicas, me explicó que él no podía casarnos ya que debía viajar a un retiro espiritual en la ciudad de Bogotá, pero que dejaría una orden por escrito para que el sacerdote Bruno Orjuela nos casara en la capilla del corregimiento de San Pablo; me aseguró que como Orjuela le debía obediencia, no podía negarse a celebrar el sacramento del matrimonio, era una orden de obligatorio cumplimiento. Con el sí de Evelia y el apoyo del sacerdote Soleri, solo restaba escaparnos y llegar a San Pablo caminando más de treinta kilómetros por desechos, no podíamos ir por los caminos reales porque nos detendrían en los retenes que por esos días tenía la policía haciendo lo que llamaban cordón sanitario, para impedir que los enfermos saliéramos libremente del lazareto o personas sanas pudieran entrar sin permiso, esto era una cárcel. A San Pablo llegamos en la noche luego de horas de caminata, embarrados, cansados y más enamorados que nunca. Fue así como el siete de marzo de 1946 a la media noche el cura Orjuela nos dio la bendición y ante los ojos de Dios fuimos marido y mujer, no pudimos hacerlo el martes como yo lo había propuesto inicialmente, pero el viernes fuimos oficialmente marido y mujer. Al regresar a Contrata tuve que mantener a Evelia escondida para evitar represalias, no quería someterla a ningún tipo de escarnio público, ella no lo merecía. El nuestro fue el último matrimonio que se dio durante la prohibición, luego esa ley se derogó y el que quería casarse lo hacía sin ningún tipo de restricción legal. Así lo hicieron sus papás, al igual que nosotros ella sana y él enfermo. Imagino que la historia de sus papás sí usted la conoce.

Wilson tenía claro que su padre era enfermo de lepra y su mamá no, aunque del tema poco se hablaba en la casa, la condición era bien conocida. Nunca se había detenido a pensar que, aunque cuando ellos se casaron ya Contratación no era un lazareto y las restricciones para el matrimonio entre sanos y enfermos eran cosas del pasado, de todos modos, la oposición de parte de la familia

de la persona sana ante la posibilidad de un matrimonio con una pareja enferma de lepra podía seguir presentándose, el escrúpulo y la discriminación seguían existiendo aunque el origen y cura de la enfermedad de lepra estaban claramente definidos por la comunidad médica y científica internacional. Buscaría la oportunidad para tratar este tema con sus padres, de seguro ahí encontraría más historia por contar. Las horas que estuvo conversando con don Álvaro y doña Evelia sobre su historia de amor pasaron volando, como si solo hubiesen sido unos cuantos minutos, Wilson se sentía profundamente agradecido por la generosidad con que esta pareja había abierto sus corazones para desnudarlos sin reparos dejando expuesta su lucha amorosa. Había encontrado un ejemplo de amor verdadero, de lucha incansable por defender lo que realmente se quiere. Esta historia superaba con creces cualquiera que hasta ese momento hubiera leído en una novela o visto en la televisión y era real, tenía el privilegio de conocer los protagonistas. Desde ese día no podría volver a ver esta pareja con los mismos ojos, la admiración y respeto hacia ellos se había fortalecido de una forma inimaginable.

- ¿Ya saben que nombre le van a poner a la revista?
- Todavía no lo hemos decidido.

No era cierto, ya Wilson y sus amigos tenían claro que la revista llevaría por nombre La Ración, que se imprimiría cada tres meses y que la portada del primer número sería para el mono Emilio y la del segundo número para don Álvaro Ruiz Arenas. No podía contárselo a don Álvaro porque echaría al traste la campaña de expectativa que planeaban hacer para el lanzamiento de la revista. Era sencillamente una mentira piadosa. Un par de meses después don Álvaro tuvo respuesta a su pregunta. Le gustó el nombre que le habían dado a la revista y la justificación que sustentaba el nombre asignado; los autores del medio escrito deseaban que su obra se esperara con tanta ansia como la Ración (el subsidio al que tienen derecho los enfermos de lepra y que recibían mensualmente en sus cuentas bancarias) era esperado en Contrata. Cuando se publicó el segundo número, don Álvaro llamó a Wilson Raul para hacerle una observación sobre el artículo publicado.

- Raulín, quiero que le transmita a todo el equipo de trabajo que hizo posible esta publicación mis más sinceras felicitaciones. El diseño, la calidad del papel y la forma como abordan los temas me ha gustado mucho. Incluso les aplaudo la irreverencia evidente tanto en imágenes como en algunos textos.
- Muchas gracias don Álvaro, le transmitiré su mensaje, sé que les alegrará saber que nuestro trabajo es de su agrado.
- Pero tengo que hacerle una observación. Cometió usted un error de escritura importante al usar la palabra enjuaga, en lugar del término enjuga que fue el que yo le dije en la entrevista, enjugar es sinónimo de secar, el significado de enjuagar usted ya lo conoce, es de uso común. Debe ser más cuidadoso cuando escriba algo que después vaya a ser publicado, hágase más amigo del diccionario, ese no traiciona, siempre enseña. Entiendo que enjugar no es una palabra muy usada actualmente, pero eso no lo exime de la responsabilidad que se debe tener al momento de decidir escribir y publicar para que otros lean. No lo tome como un regaño, es solo un consejo.
- Lo siento don Álvaro, es una pena que ese error se me haya pasado por alto.
- Tranquilo, a mí en la croniquilla también se me pasaron algunos errores y eso que Pedro Elías Martínez y la señora Carmen León de Pérez me ayudaron corrigiendo muchos textos. Al mejor médico se le muere un paciente.

De la revista la ración se imprimieron once números, cada uno de ellos fue comprado por don Álvaro, quien emitió las respectivas observaciones para cada uno de los ejemplares. Los últimos números fueron leídos en voz alta por doña Evelia, pues los problemas de visión no le permitían a don Álvaro realizar la lectura por su cuenta. Cuando encontraba errores de escritura en los textos le pedía a su esposa que los registrara para que cuando Wilson los visitara pudiera revisarlos y seguir aprendiendo.

El viernes 30 de julio de 2004 José Raúl Carreño Jaimes se despidió de sus compañeros de trabajo en el Sanatorio San Juan Bosco de Contratación Santander. Había laborado durante cuarenta y un años en este ente oficial, empezando a trabajar cuando era aún un niño, viéndose obligado a abandonar sus estudios para trabajar desde los quince años, pocos días después de la muerte de su padre Pedro Emilio Carreño Plata. En el sanatorio había ocupado múltiples cargos, aprendiendo lo suficiente para llegar a ser gerente encargado de la institución. Sentía gran nostalgia y preocupación a la vez; nostalgia porque de sus cincuenta y seis años había dedicado cuarenta y un años a esta institución que de alguna forma sentía como una familia y el próximo lunes se levantaría por primera vez después de muchos años sin tener que cumplir la rutina de llegar puntual a su oficina. Preocupación porque era bien sabido que con frecuencia la primera mesada pensional tardaba en llegar incluso más de un año y se hacía necesario contratar a un abogado para que llevara el proceso a cambio de treinta por ciento del monto que le pertenecía al pensionado. Era un completo absurdo que una persona que había dedicado su vida a trabajar día tras día cumpliendo sus funciones tuviera que pagar para recibir lo que era un derecho adquirido y se había ganado con creces. Lo correcto sería que el día que el trabajador cumpliera los requisitos necesarios para jubilarse recibiera una carta de felicitaciones por la labor cumplida y un cheque con el dinero correspondiente a su primera mesada pensional, sin ningún tipo de trámite adicional. Ese era el ideal, pero no pasaría, la realidad era sencillamente otra y estaba cargada de trámites burocráticos que entorpecían el proceso jubilatorio. Don Raúl no quiso ese viernes sacar de la oficina sus pertenencias, así tendría el próximo lunes una excusa para volver al sanatorio y saludar a sus amigos, ese era el plan.

Por el alto parlante del templo parroquial, el sábado 31 de julio del año 2004 se escuchó la voz de Gerardo García, don Álvaro Ruiz deseó que lo escuchado fuera una equivocación, una confusión producto de los problemas auditivos que ya lo aquejaban, no podía ser cierto, lo escuchado escapaba de lo que él consideraba lógico.

- Evelia, ¡dígame que escuché mal, que no es cierto lo que Gerardo acaba de anunciar por el alto parlante, dígame que no es cierto!
- ¿De qué aviso me habla?, estaba en la cocina, el pito de la olla a presión no me dejó escuchar el mensaje. Tranquilícese, está muy alterado, no quiero que se enferme de los nervios.

En ese momento se volvió a escuchar la voz de Gerardo García que confirmaba la fatídica noticia: El señor José Raúl Carreño Jaimes descansó en la paz del señor. Para su esposa Mariela Velasco de Carreño, sus hijos: Néstor Darío, Ligia Esther y Wilson Raul, su hermana Esther, sus nietos y demás familiares nuestro más sentido pésame. Don Álvaro y doña Evelia se abrazaron llenos de nostalgia, el compadre Raúl era mucho menor que ellos, aunque ya había tenido problemas cardiacos unos años atrás, la semana anterior que había estado visitándolos se veía en perfectas condiciones de salud; en esa visita les había comentado que le había llegado la hora de retirarse del trabajo para disfrutar de su pensión. Les costaba asimilar la nefasta noticia, hablaron de lo doloroso que resultaría esta situación para la comadre Mariela, toda una vida juntos que llegaba a su fin de forma

abrupta. Luego de tantos años trabajando, José Raúl Carreño Jáimes no había podido disfrutar ni un solo día de su jubilación. La muerte había visitado primero a Raúl, ya no podría él cumplir con el compromiso de encargarse del sepelio de Álvaro. El autor de la croniquilla seguía viendo como el trasegar de sus amigos por este valle de lágrimas terminaba y él seguía vivo, en este pueblo al que llegó por destierro, al que adoptó como propio y en el que se quedó por gusto. Por largo rato durante esa mañana Álvaro y Evelia estuvieron tomados de sus manos, recordando con nostalgia tantos momentos compartidos con sus compadres, tantas noches de tertulia, de festejo y pesar, en fin, de vidas compartidas.

La noche del sábado treinta y uno de julio del año 2004, una imponente luna llena iluminó las calles de la villa apacible superando por mucho la artificial luz de las lámparas eléctricas del alumbrado público. Cuando Wilson Raul llegó a Contratación acompañado de su esposa y algunos amigos, notó la claridad en las calles producto de la luz reflejada por el satélite natural que reinaba en la noche, recordó la frase que su padre usaba a la hora de la cena en los días pasados por lluvia: ojalá esta noche salga el sol. No volvería a escuchar esta frase en la voz de su padre, no volvería a escuchar ninguna frase en su voz. El destino, o la coincidencia le habían regalado de despedida a su padre una noche en la que el sol salía reflejándose en la Luna. El ataúd con el cuerpo de su padre se encontraba en un salón del costado norte del Sanatorio san Juan Bosco, sus amigos y compañeros de trabajo habían pedido a la viuda que les permitiera homenajearlo en el lugar que por más de cuarenta años fue su segundo hogar, la institución a la que le entregó su vida, la misma que en retribución se la arrebató como despedida.

Por algunos años don Álvaro estuvo evaluando la posibilidad de transferir la responsabilidad de la organización de su última despedida a otro amigo digno de su confianza, llegó incluso a organizar una lista con los posibles candidatos, ya no quería tener una sola opción, no deseaba volver a tener un único candidato para realizarle este encargo y que el destino se la arrebatara como hizo con el hijo de Pedro Carreño. Una mañana, después de una noche de descanso placentero y ensoñaciones agradables que casi siempre lo trasladaban a recuerdos infantiles, despertó con una idea radicalmente diferente a la que hasta ese día había tenido con referencia a su sepelio, lo entendió como un mensaje divino al que no debía oponerse. Decidió no encargar a nadie de sus honras fúnebres, dejar esos temas en manos de sus familiares, lo que hasta ese día él había intentado determinar respecto a su muerte había fracasado y eso lo tomó como una señal que le indicaba que debía ocuparse de lo que pudiese hacerse en vida, nada más. Al fin y al cabo, cuando su corazón dejara de latir no quedaría más que su cuerpo por disponer, su esencia, lo que trascendería nada tendría que ver con la carne.

El seis de junio del año 2010 los ojos de don Álvaro Ruiz se cerraron para siempre, había cumplido noventa años de vida, de los cuales más de setenta los había vivido en Contratación, a donde había llegado cuando las montañas eran murallas que encerraban un lazareto, lo había visto convertirse en municipio en 1962 y poco a poco ir borrando el estigma que la lepra había sembrado sobre sus hijos, los llegados de tierras lejanas y los nacidos en sus entrañas. Su ceremonia fúnebre estuvo resaltada con decreto por parte de la alcaldía municipal, resoluciones tanto del concejo municipal como del sanatorio. Recibió honores de la banda marcial del colegio del pueblo y el templo parroquial estuvo lleno de feligreses para su despedida. A la salida de su casa los hermanos Quiroga acompañados por otros músicos de la localidad interpretaron las canciones que el Escritor sangileño, pero contrateño de corazón deseaba en su despedida. Doña Evelia Gómez Torres que por

sesenta y cuatro años acompañó a don Álvaro como esposa, profesándole el mismo amor que un día domingo en los años de juventud le reconoció con un botón de rosa adornando su peinado y una sonrisa para devolver su saludo, lo lloró en silencio, de forma solemne y decorosa, tal como sabía que él lo esperaba. Al regresar a casa, esa que ahora se encontraba vacía, aunque muchos quisieran acompañarla, decidió que seguiría viviendo, en este pueblo, en este lugar que le regaló al amor de su vida, por el que luchó en contra incluso de la ley humana y los anhelos de la familia. En la soledad de su habitación, esculcó en sus recuerdos y sacó del baúl en que guardaba los objetos más preciados, una cajita de cartón que servía de cofre para todas las cartas que guardaba desde hacía más de medio siglo, por los días en que su amor era sencillamente prohibido. Tomó un lapicero de tinta negra y escribió en la cajita de cartón: *esta cajita les pido el favor de colocarla en mi cajón cuando yo muera. Gracias, adiós. Evelia.*

Han pasado varios años desde que todo un pueblo despidió a quien se inmortalizó escribiendo su croniquilla. En el corredor de su casa doña Evelia recibe a Mariela y a Wilson, su hijo; han venido a visitarla. Ya las dos mujeres muestran signos claros de pérdida de memoria, pero aun los recuerdos les alcanzan para hablar y rememorar a sus amores. Toman café y disfrutan del jardín florecido y del cerro de María Auxiliadora en un día despejado en que el verde de las montañas orientales contrasta con el azul intenso del cielo contrateño.

- Comadre Mariela, mire esos botones de rosa tan bonitos, no sé por qué, pero me gustan más así cuando no han abierto completamente que incluso cuando ya están en su máximo esplendor. A veces me dan ganas de cortar uno y ponérmelo en el pelo, pero después pienso que se ven más bonitos ahí, dándole vida a mi jardín.
- Por algo debe ser comadre, a mí por ejemplo hay canciones que siempre me recuerdan a mi Raulito.

Wilson Raul Carreño Velasco

02 de octubre de 2022